

CENA OFRECIDA A SUS MAJESTADES LOS REYES DE ESPAÑA. Bogotá D.C., 28 de noviembre de 2001

Hace más de 13 años, en 1988, cuando yo era candidato a la Alcaldía Mayor de esta ciudad de Bogotá, tuve el honor de ser galardonado por segunda vez con el Premio Internacional de Periodismo “Rey de España”. Ya lo había ganado antes por un reportaje que realicé sobre los gamines de Bogotá y en esta nueva ocasión me había sido concedido por un trabajo especial de investigación sobre el mundo del narcotráfico y el recorrido de las drogas a través del continente.

En verdad, fue un premio paradójico, pues casi no puedo ir a recibirlo de manos de Su Majestad, el Rey de España, por encontrarme secuestrado nada menos que por las mismas mafias del narcotráfico sobre las que había hecho la investigación. Por fortuna, mi liberación se produjo unos pocos días antes de la ceremonia y tuve la feliz oportunidad de viajar a Madrid, todavía con las huellas del secuestro adheridas al alma y el semblante.

Sin duda eran tiempos difíciles, como los presentes. Entonces el Rey y yo pudimos intercambiar algunas impresiones sobre el terrible flagelo del secuestro, del terrorismo y el problema mundial de las drogas. ¡Quién iba a decir que trece años después iba a tener yo el inmenso honor de recibir en la capital de Colombia, en

calidad de Presidente, al soberano de todos los españoles y a Su Majestad, la Reina Sofía, para continuar ese intercambio de ideas que iniciamos entonces y que ha tenido, por suerte, muchas más oportunidades de ampliarse y fructificar!

El mundo sigue su marcha y rotación, al igual que la historia, sin detenerse nunca. Los violentos, tristemente, continúan generando destrucción en España, en Colombia y en todos los rincones del planeta, y los que creemos en el carácter sublime de la vida humana seguimos defendiendo su dignidad. Lo que tampoco ha cambiado, felizmente, es el talante de esta pareja real, máxima representante del querido pueblo español, cuya visita hoy nos enaltece y nos llena de orgullo, pero ante todo de alegría, porque es la visita esperada de los más grandes amigos de Colombia.

En el Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, y en la Reina Doña Sofía, reconocemos la esencia de un pueblo que sentimos nuestro, porque hablamos la lengua que en él nació, porque ostentamos sus apellidos y su raza, porque circula su pasado por nuestras venas, porque nos emociona su ser latino y amamos y sentimos con la misma exuberancia.

¡España en el corazón y para siempre! ¡España desde la sangre y hasta el alma! Ese es el sentimiento puro y esencial del pueblo

colombiano hacia una nación que sabemos cercana en la tradición, solidaria en el presente y compañera en el futuro.

Hoy ha traído Su Majestad, el Rey Juan Carlos, un mensaje vigoroso de paz y de respaldo a la nación colombiana y a los esfuerzos incesantes que venimos haciendo desde el Gobierno por aclimatar la convivencia en una tierra que está llamada a mejores destinos que los de un enfrentamiento inútil y doloroso.

Sólo un pueblo demócrata, liderado por un Rey como Don Juan Carlos, que se ha ganado a pulso, con inteligencia y coraje, el título de “rey de los demócratas”; sólo un pueblo tan próximo a nuestro sentir y nuestra historia, puede entender a cabalidad la complejidad de un conflicto como el que sufrimos los colombianos.

Por eso su presencia ha sido tan favorable en los distintos escenarios donde hemos tenido el privilegio de su apoyo. España ha actuado con espíritu fraterno para impulsar los esfuerzos que hemos emprendido para buscar la paz y hoy agradecemos su compañía y su respaldo en este arduo pero necesario camino de la reconciliación.

Allí la hemos tenido, como parte del Grupo de Países Amigos del proceso con el ELN, como miembro de la Comisión de Países Facilitadores del proceso con las FARC, y como la primera

anfitriona de las reuniones del Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia.

Allí estuvo España, hace sólo unos días, en Lima, junto con las demás naciones de Iberoamérica, reiterando su voluntad de acompañar solidariamente al Gobierno y al pueblo de Colombia en su compromiso por recuperar la convivencia y demandando a los grupos irregulares que no involucren a la población civil en el conflicto y que proscriban prácticas inaceptables como el secuestro, contrarias al Derecho Internacional Humanitario.

Hoy el Rey Juan Carlos viene a reiterarnos personalmente su convicción de que la paz sí es posible cuando se mantiene la voluntad de diálogo y de que no hay esfuerzo vano para alcanzarla.

Al pensar en España y en la paz, recuerdo esos versos lúcidos y emotivos del maestro Guillermo Valencia en su poema “La razón del Quijote”, donde entabla una imaginaria conversación con el Caballero de la Triste Figura. El poeta, después de escuchar su larga historia de golpes e infortunios recibidos por defender el honor de las doncellas y la dignidad de los humildes, le preguntó al Quijote:

- Y siendo así, ¿para qué el sacrificio estéril?

Y el Hidalgo respondió airado:

- Para que la existencia tenga un noble valer que nos haga propicio el sino, bajo el claro fanal de la conciencia.

¡Ahí está la razón de nuestra búsqueda, de esa incesante búsqueda de la paz anhelada! Tal vez no siempre lograremos llegar a la meta con la rapidez que dictan nuestros deseos o que ameritan nuestros esfuerzos. Pero lo importante, lo urgente, es no desfallecer si el fin lo vale. ¡Para que la existencia tenga un noble valer que nos haga propicio el destino!

Sus Majestades:

“Si en el Nuevo Mundo la naturaleza desborda sin menoscabo del espíritu, en España emerge el espíritu en un paisaje sobrio, saturado, impregnado de Historia. Unámonos todos con sincera cordialidad. El planeta se estrecha. De un mundo a otro se va como en volandas. Venimos todos de un pasado milenario y vamos todos a un porvenir que Dios haga que sea venturoso”.

Las anteriores palabras fueron escritas por ese gran pensador español que fue don José Martínez Ruiz –Azorín –, y sintetizan en forma poética esa unión que se demanda entre España y el

Nuevo Mundo que ella ayudó a forjar, más aún en estos tiempos en que, según sus palabras, “el planeta se estrecha”.

En poco más de un mes España asumirá, para nuestra alegría y orgullo, la Presidencia de la Unión Europea, el más promisorio modelo de integración económica y política que nos haya dejado el siglo XX.

Y decimos que nos sentimos alegres y orgullosos porque la Presidencia española de la Unión Europea implica para nosotros tener a la cabeza de Europa al más auténtico vocero de los intereses y preocupaciones hispanoamericanos y, más aún, al más cordial vocero de Colombia.

Como dije antes, si alguien nos comprende, si alguien nos conoce, si alguien ha sido solidario con nuestra causa, ese es el Reino de España. ¡Qué bueno verlo ahora orientando los destinos de una comunidad de naciones que ha privilegiado la integración, aún a costa de sacrificios económicos, con miras a consolidar la paz en el continente europeo!

Estamos seguros de que España sabrá liderarla con la misma vocación democrática con que ha impulsado su propio destino y hará aún más cercana la Unión Europea con esta Hispanoamérica que abrevó su sed en las fuentes abiertas de su cultura.

También sabemos que España, -que es actualmente el primer inversionista extranjero en nuestro país-, seguirá consolidando su presencia económica en Colombia, en sectores tan importantes como la banca, la energía, las comunicaciones, las obras públicas, el comercio y los servicios.

Hoy agradezco muy especialmente a los empresarios españoles esa inmensa fe que han depositado y que seguirán depositando en nuestro futuro. Colombia ha respondido a su confianza con una política económica seria y responsable, gracias a la cual nuestra economía crecerá este año, pese a todas las dificultades, el doble que el promedio de toda América Latina. Así, con estabilidad económica y jurídica, y con reglas de juego claras, esperamos seguir contando con la presencia de las empresas españolas en las oportunidades de negocios que cada día se abren en nuestro suelo.

Su Majestad, Rey Juan Carlos de Borbón:

Este mes, hace ya 26 años, un hombre prudente y talentoso, heredero de primera línea de la dinastía de los Borbones, una Casa que ha regido los destinos de la querida nación española desde 1700, fue proclamado por las Cortes como Rey y Soberano del Reino de España.

Eran tiempos de transición en los que se requería el pulso firme y atinado de un estadista y de un patriota, como lo era el hijo del recordado Conde de Barcelona y nieto de Alfonso XIII, quien a sus dones naturales acompañaba una excelente preparación profesional, militar y humanista.

Hoy podemos decir que quien entonces era promesa y espíritu de cambio para España hoy ha cumplido con creces las expectativas de su pueblo y del mundo entero, y ha sabido conducir con altura y donaire a su nación a una democracia consolidada y operante como pocas.

Su Majestad representa la más alta dignidad de un Estado que ha ingresado con decisión a la modernidad y a las vías del progreso y que se ha incorporado con sapiencia al ámbito europeo, sin olvidar jamás su identidad y sin descuidar los vínculos que lo unen a los países que orgullosamente nos reconocemos como parte de Hispanoamérica.

En estos tiempos de incertidumbre mundial sí que resultan pertinentes las palabras que escribiera nuestro gran poeta y novelista Álvaro Mutis sobre el Rey de los españoles, cuya presencia, así como la de la Reina Doña Sofía, hoy nos honra y nos complace. Escribió Mutis lo siguiente:

“No creo necesario insistir de nuevo en que el mundo reconozca en el Rey Juan Carlos I de España un ejemplo admirable y nobilísimo de rigor, equilibrio y humana comprensión, en contraste con el delirante juego de masacre al que se dedica una minoría sin otro rumbo ni distinto propósito que el de sacrificar vidas inocentes con una sangre fría que denuncia la demencia. Hay épocas de la historia en que figuras como la del actual monarca español dan al mundo la norma de conducta a seguir y la medida de las virtudes necesarias para contrarrestar un mal que atenta contra las bases mismas de nuestra civilización”.

Yo suscribo, por supuesto, Su Majestad, y estoy seguro de que así lo hacen todos los colombianos, la certeza y claridad de estas palabras.

Un homenaje especial merece también Su Majestad, la Reina Doña Sofía, una mujer que representa la más clásica y pura tradición helénica y que ha cautivado con su corazón de oro el cariño de sus súbditos y del mundo entero. Su trabajo incesante en la lucha contra la drogadicción y por los derechos de los minusválidos, temas en los que ha colaborado e intercambiado experiencias con Nohra, son el fiel reflejo de su vocación de servicio a España y a las mejores causas de la humanidad.

Majestades:

Hace ya un cuarto de siglo -recordábamos esta tarde- Colombia los recibió, como hoy, con regocijo y calor de hogar. En dicha ocasión visitaron Barranquilla, Cartagena y Bogotá, y se llevaron en la memoria los encantos y secretos de la ciudad amurallada, la deslumbrante imagen del Museo del Oro y la mágica imponencia de la Catedral de Sal de Zipaquirá.

El último día de su visita, ya en el aeropuerto, donde recibían los vivas y adioses de la multitud, el Rey le comentó sonriente al Presidente López: *“Ahora sí que se vaya el avión, que nosotros nos quedamos”*. Y así fue: se quedaron, y siempre se quedarán, viviendo en el corazón de nuestra patria.

Hoy quisiéramos también, Su Majestad, que no partieran y que permanecieran un tiempo más con nosotros. Para convencerlo tengo lista una selección de los mejores vinos españoles, muchos de ellos obtenidos de la generosidad de la propia cava real. En cuanto a los tabacos, no tendrá que preocuparse esta vez por tener a mano una doble provisión para este gusto compartido, pues al fin podrá tomar revancha de los muchos que le he quitado y dejarse invitar tranquilamente por el anfitrión. Con tantas buenas razones, ¡vale la pena reconsiderarlo!

Sus Majestades:

Hoy han regresado a este abrazo perpetuo que es para ustedes la tierra colombiana y se llevan otra vez el aroma del café y el color y la fragancia de las flores que adornan nuestra Patria.

Cuando estén de vuelta en Madrid, la bella capital de ese país del corazón, recuerden siempre que en Colombia han dejado el afecto y la nostalgia de cuarenta millones de personas que admiramos su estatura política y moral.

Con este sentimiento de exaltación en el aire, levanto mi copa de amistad por nuestros dignos invitados, Sus Majestades, los Reyes de España, y brindo por su salud, por su felicidad, y por la salud y felicidad de esa querida nación española, cuyo recuerdo emociona el más hondo sentir de nuestras almas.

¡Salud, y muchas gracias!